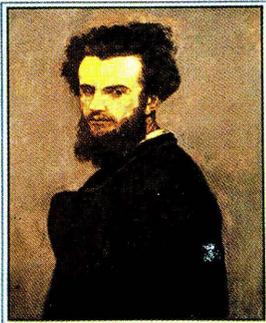


LA TRAYECTORIA VITAL DE LOS VISTA DESDE MARY SHELLEY, SINCLAIR LEWIS

«Todos los sabios son bandidos» Sinclair Lewis, en *Arrowsmith*

«Nacieron los santos y surgieron los bandidos. El mundo comenzará a remediarse dando duro a los santos y dejando en paz a los bandidos» Chuang Tzu

Frankenstein
by Mary Shelley



With an introduction by Diane Johnson

A parte de ser —cada uno a su manera— clásicos de la literatura y tener a la ciencia y a los científicos como su único verdadero tema, «Frankenstein» de Mary Shelley, «Martin Arrowsmith» de Sinclair Lewis y «A mathematician's apology» de G.H. Hardy parecen tener poco en común¹. Fueron escritos en épocas diferentes, por autores sin afinidad entre sí. Mary Shelley, la esposa del notable poeta, influida severamente por Byron y Milton, trató con «Frankenstein» de concebir una tragedia romántica. Sinclair Lewis veía en Arrowsmith —tal vez más aún en Gottlieb, ese arquetipo que raya en la caricatura del científico santo— al protagonista de una épica. Hardy, uno de los más notables matemáticos ingleses de este siglo, quiso dar a su «justificación» autobiográfica el sentido de un epílogo².

Pero con la identidad temática sobra y basta. Porque ella permite seguirle la pista al problema de las representaciones públicas de las trayectorias vitales de los científicos. En otra parte (Gutiérrez, en 1993), he argumentado que dichas trayectorias vitales están estructuralmente transidas por contradicciones y paradojas sociales. En lo que sigue de este texto quiero sugerir, basándome en tres productos culturales muy elaborados, que las representaciones públicas «tradicionales» de las historias de vida de los científicos en Occidente alcanzan también una gran complejidad. En particular, me referiré a tres hipótesis cruciales que comparten —pese a los abismos que las separan— las tres obras.

¿ES RACIONAL VIVIR PARA LA RACIONALIDAD?

La pregunta es respondida por Hardy, cuyo potente estilo epigramático a veces recuerda a Cioran, con la ventaja de carecer de la tendencia a la apoplejía de Cioran: «Para cualquier propósito serio, la inteligencia es ciertamente un don menor». De aquí la primera hipótesis:

1. La ciencia como opción de vida no es una escogencia «racional». Al hablar de «racional», nos referimos a la adecuación de unos medios (un conjunto de decisiones) a fines (en el caso de la sociedad en la que se desenvuelven las tres novelas, el fin «natural» es la optimización del bienestar material). Nos referimos, pues, a la perspectiva del homo oeconomicus capitalista, tal como la pueden representar Weber o los contemporáneos teóricos de la decisión. Shelley/Lewis/Hardy tienen perfectamente claro que dedicarse a la ciencia no es ni «eficaz» ni «eficiente»: pone en juego las más altas potencias del intelecto, requiere grandes esfuerzos y destrezas, tiene un margen de riesgo enorme, y los resultados en términos de

(1) De ahora en adelante, todas las citas de dichas obras se refieren a Shelley (1991), Lewis (1961) y Hardy (1967). Las traducciones del inglés son del autor, con excepción de las de Hardy, que se han hecho confrontando (1967) y (1981).

(2) Es el momento de destacar el notable valor literario y testimonial del libro de Hardy, al que Graham Greene veía como una de las mejores explicaciones de lo que significa ser artista creativo, como recuerda Snow

CIENTIFICOS Y G.H. HARDY

Por: **Francisco Gutiérrez S.**
Antropólogo y politólogo
profesor del Instituto de Estudios Políticos
y Relaciones Internacionales
Universidad Nacional de Colombia

beneficio individual son por lo general muy magros. «Gano diez mil florines al año sin saber griego — masculla un personaje de Frankenstein cuando se le conmina a conocer más— y gozo de gran apetito sin saber griego».

Las otras dos hipótesis tienen que ver con la ciencia como forma de acción colectiva:

2. El ethos y las prácticas de regulación de la comunidad científica son producto de una negociación constante entre lo público y lo privado.

La ciencia, tal como es vista por nuestros tres autores, es un asunto eminentemente público; o mejor, es una interacción permanente entre creatividad individual, auditorios especializados y sociedad. ¿Cómo hacer compatible la noción madisoniana básica de bien público³ con la curiosidad individual, motor fundamental de la producción científica? Mandelbrot (1993) —lo cito para poner en evidencia que la problemática desarrollada por Shelley/Lewis/Hardy no es un arcaísmo— sostiene que «la única manera civilizada de ser científico es comprometerse en un proceso de hacer ciencia ante todo para obtener placer en el ámbito privado».

Nuestras tres obras coinciden con Mandelbrot. Sostienen que la curiosidad —pathos en Frankenstein, ethos en Hardy, virtud en el sentido aristotélico en Arrowsmith— es la única fuente legítima de creación investigativa. Pero como forma de sociabilidad le oponen al menos dos objeciones importantes. Primero, la curiosidad es insaciable. La curiosidad no es un medio que se adecúe a un fin (esto es, el origen de los paradigmas de racionalidad es irracional), sino «un fin que no tiene fin», como se enuncia con admirable economía en Arrowsmith. Pero tal vez



⊞ G. H. HARDY: "PARA SENTARTE DE ESTA MANERA —ALGUIEN DIJO ALGUNA VEZ DE ÉL— TÚ TIENES QUE HABER SIDO EDUCADO EN UNA ESCUELA PÚBLICA".

Fotografía tomada del libro *The man who knew infinity. A life of the genius Ramanujan*. Robert Kanigel (1991)

(3) *Que está en la base de la democracia contemporánea. En ella, lo público se haya permanentemente en curso con base en negociaciones pluralistas de actores con intereses diferentes. Uno de los problemas para el mundo actual de esta concepción es que en algunas negociaciones hay actores claves que no pueden estar presentes (como las generaciones futuras). En términos técnicos, la democracia madisoniana estructura una tasa de descuesto alta, que impide que asuntos de muy largo plazo tengan un lugar prominente en la agenda política.*

es en Frankenstein donde de manera más impresionante, con brutalidad primordial, se juega con las aporías y el poder faustiano de la curiosidad. Segundo, la curiosidad no sólo puede llegar a ser «irrelevante» para la perspectiva madisoniana del bien público —para la que los resultados en el muy largo plazo tiene poca o ninguna importancia— sino incluso a veces contradictoria con ella. El correlato del beneficio para el optimizador racional es, para el curioso, el derecho a ser inscrito simbólicamente en un archivo perenne, pero el contenido del concepto de relevancia apenas admite traducción entre un polo de sentido y otro, como queda evidenciado en esta descripción que hace Hardy de la «pesadilla de Russell»: «Es sumamente penoso tener la sensación, aún sin olvidar las ventajas que proporciona, de que se debe desaparecer. Recuerdo a Bertrand Russell explicándome una terrible pesadilla que le había agobiado. Se hallaba en el último piso de una biblioteca de la universidad y la acción transcurría alrededor del año 2100. Una bibliotecaria iba recorriendo los anaqueles con un enorme balde en sus manos. Tomaba de los estantes todos y cada uno de los libros que contenían y, después de hojearlos, o bien los restituía a su correspondiente lugar, o bien los depositaba dentro del balde. Finalmente, llegó ante tres gruesos volúmenes en los que Russell pudo reconocer la única copia existente de los *Principia mathematica*. Sacó un tomo del anaquel, hojeó unas pocas páginas, por un momento se sintió confundida ante el curioso simbolismo, cerró el volumen, lo balanceó entre sus manos y titubeó..."

3. Los valores sobre los que la comunidad científica sustenta sus prácticas colectivas no son consistentes. Aunque las tres obras atacan esta problemática desde varios ángulos, vale la pena detenerse en las inconsistencias entre rigor y meritocracia. El científico —en la visión de Shelley/Lewis/Hardy— está siempre en guardia: podría decirse que se guía por el siguiente principio de excelencia que leemos en un texto de estética taoísta: «Después de haber dibujado un cuadro, retocaba aquí y agregaba allá... Aunque con una vez hubiera sido suficiente, volvía sobre él por segunda vez. Y si por segunda vez hubiera sido necesario, volvía a él una vez más. Cada círculo que dibujaba lo reseguía de nuevo hasta hacerlo perfecto. Desde el principio hasta el final trabajaba como si estuviera en guardia frente a un ene-

migo poderoso» (Racionero, 1992). Pues bien: nuestros autores encuentran varias contradicciones entre el ethos de la excelencia, por una parte, y la meritocracia como forma de sociabilidad y de regulación colectiva, por la otra. En Arrowsmith la cuestión está planteada de la siguiente manera: la excelencia se mide en la capacidad de contención, y la meritocracia en la capacidad de mostrar; la excelencia es un objetivo autocontenido, la meritocracia un medio para el ascenso⁴. Uno de sus héroes —el implacable Gottlieb, alemán, naturalmente, que por fortuna no puede leer estas líneas— no tolera que se publiquen

**MARY SHELLEY TRATÓ CON
“FRANKENSTEIN” DE CONCEBIR
UNA TRAGEDIA ROMÁNTICA.
SINCLAIR VEÍA EN ARROWSMITH,
EL PROTAGONISTA DE UNA ÉPICA
Y HARDY QUISO DAR A
SU “JUSTIFICACIÓN”
AUTOBIOGRÁFICA EL
SENTIDO DE UN EPÍLOGO.**

artículos que comporten la huella de la improvisación y el descuido. Pero su severidad es un poco estéril. La dualidad está marcadísima: Gottlieb y Arrowsmith, depositarios del verdadero espíritu de la ciencia, escriben muy poco y muy complicado; los escaladores, los frívolos, producen mucho y dicen muchas bobadas (¡esta última parte del escenario, al menos, es más que verosímil!). La presión por publicar es presentada como una verdadera amenaza, por lo demás totalmente externa a la verdadera ciencia. En Frankenstein se adopta otro ángulo: las pulsiones meritocráticas conducen a la degradación moral. Hardy, en cambio, propone como solución una escala en la que «la curiosidad, el deseo de conocer la verdad» es el primer factor, «sin el cual todo

(4) Nuestro Indio Uribe logró expresarlo de manera muy atractiva: los animales pequeños -decía, citando a Darwin-, son los más fecundos.

lo demás pierde absolutamente la razón de ser»; después vienen el orgullo profesional y, por último, la ambición (pero una ambición que no debe ser leída en clave de optimizador, sino más bien de filántropo).

ALGUNAS NO-CONCLUSIONES

Es frecuente encontrarse con la afirmación de que el triángulo tecnociencia-economía de mercado-democracia parlamentaria es un rizoma: la cárcel perfecta de la que habla Marshall Berman, y de la que no hay salida. Esta hipótesis del

rizoma es compartida por intelectuales adustos y burócratas entusiastas: pesadilla o sueño, el triángulo permitiría una interpretación rectilínea de las relaciones ciencia-sociedad alrededor de los conceptos de **progreso y racionalidad**.

Lo que leemos en Shelley/Lewis/Arrowsmith es que Occidente se representa a los científicos de manera mucho más compleja de lo que suponemos en nuestra ensayística tradicional. Dicho de otro modo, algunos imaginarios de Occidente contienen nociones sobre la ciencia que no son mertonianas. Confieso que me gusta mucho más y me parece infinitamente más rica la narrativa problematizada de nuestros tres clásicos que la aburrida linealidad del rizoma. Cierto es que en las tres obras el progreso está siempre en primer plano, asociado a la ciencia; no es casual que Shelley llamara a su criatura «el nuevo Prometeo». De hecho, el progreso es relatado como una lógica invasiva e «imperialista»: como en Lem (1968), que con una divertida metáfora señala que el método fiscalista «es similar a un tanque». Lo interesante es que en los tres libros la ciencia entra en contradicción -permanente y creativa: una tensión dinámica- con el progreso, lo que lleva ostentadamente al científico a la autoinmolación.

Más que de Merton, nos encontramos seguramente cerca de Schumpeter, con su concepto de destrucción creativa. Esto será clarísimo, por ejemplo, en el pasaje de Arrowsmith en que se defiende la importancia de la crítica incluso cuando es destructiva (¡es un trozo que deberían leer sin falta los investigadores colombianos!), pues impide la proliferación de los «casi-buenos». Pero la posibilidad de utilizar a Schumpeter en los estudios sociales de la ciencia debe ser motivo de una reflexión aparte. &



PARA SABER MÁS

- Gutiérrez (1993): «La evaluación por pares y la construcción de la comunidad científica», ponencia presentada al evento de conmemoración de los 25 años de Colciencias
- Hardy G.H. (1967 1940): «A mathematician's apology» (foreword by C.P. Snow), Cambridge University Press, London
- Hardy G.H. (1981): «Autojustificación de un matemático», Ariel, España
- Lem S. (1968): «Filozofia przypadku» I, Wydawnictwo Literackie, Kraków
- Lewis S. (1961): «Arrowsmith», Signet, United States
- Mandelbrot B. (1993): «Gente y hechos detrás de la ciencia de las imágenes fractales» en Camacol #55 Vol 16
- Racionero L. (1992): «Textos de estética taoísta», Alianza, Madrid
- Shelley M. (1991 (1818)): «Frankenstein», Bantam, United States and Canadá